

Rainy Day Women

E

"No sé cómo te las arreglas para que tantas veces paguen ellas" –me dice Steady, tras de la barra en la que estoy acodado consumiendo el aperitivo– "Son unas recaudadoras. ¿Por qué te crees que su órgano sexual tiene forma de hucha?" Steady, el pobre, está pasando por una fase asaz misógina. Desde que su mujer le dejó por un entrenador de fútbol mira al sexo débil con una mezcla de desprecio y de asco que, por otro lado, no engaña a los que le conocemos. La verdad es que le gustan, como a todo mortal, pero se siente algo obligado a zaherirlas verbalmente en presencia de cualquier otro hombre. Y a mí me considera una de las dos cosas: hombre o cualquier. Entonces aparece en el local *E*, con su melena morena, sus ojos azules, sus vaqueros de marca y su chaquetilla blanca de lana. Un escote que más que generoso, parece descuidado. De entre mis amigas, *E* es la favorita de Steady y su pregunta es siempre la misma: "Mac...¿tú crees que ésta llevará la tirilla?" Yo sonrío cínico, pretendiendo dar a entender que no tengo que hacer especulaciones sobre una cosa que sé. *E* me besa en la mejilla, justo por encima de la barba. "¿Cuál es la mesa?" Brönte, la camarera, señala una junto a la ventana y coloca el mantel mientras me mira casi con compasión. Yo le guiño un ojo y me siento frente a *E*. Lleva dos carpetas y algunos libros de la academia en donde da clases de Física elemental. Además tengo entendido que pinta y esculpe. Y sobre todo, es en sí misma un compendio de las bellas artes, con tacones y sin sujetador. No usa. Vende bien su producción y le saca partido económico a la docencia. Podría vivir perfectamente sin ejercer el antiguo oficio. El más antiguo. "¿Por qué lo haces, *E*?", le pregunté una vez. "No sé, –me dijo– Tal vez por conocer gente. Sólo trabajo la gama alta. Estoy segura de que ahí encontraré a mi hombre". Eso nos descarta a mí y a mis amigos, incluido Steady, que ni siquiera pagando podrá comprobar si *E* lleva "la tirilla esa que tienen las mujeres que se ven por Internet" (sic). Mis amigos y yo nunca estaremos en la gama alta, no tenemos clase. Y aunque la tuviéramos carecemos de esa hábil facilidad innata que tienen algunos para quemar el incienso con billetes de 500 euros. Tubo dice que nunca pagaría por una mujer que le guste. "Maldita sea, Mac, nunca lo haría. ¿y sabes por qué? Porque sólo me gustan las caras".

Es triste que el dinero se interponga entre nosotros y nuestros sueños; pero hasta Grumpf lo tiene muy claro: "Si no fuera el dinero, sería otra cosa. Los tipos de nuestra calaña el único sueño que conseguimos realizar con creces es la siesta". "¿Eres una mujer cara?" -pregunto a *E*- "¿Vas a pedir mi mano, Mac?" dice mientras me la pone en el muslo. "No. Es para un amigo" -señalo a Steady- "Quiere saber si llevas la tirilla". Hoy estoy un poco borde, de manera que los dos nos volvemos mirando al barman, consiguiendo que se ponga colorado y se pase el resto de la comida dando paseos cerca de nosotros y lanzándome miradas asesinas que dicen "Eres un cabrón". Información que ya tenía. "¿La tirilla? ¿En el...pubis?" "Sí, ese tipo de.. digamos peinado". *E* sonríe. "Bueno, Mac, seguro que hasta a ti te gustaría saberlo". "No creas" -contesto como si hablara con el bucanero- "Y no es que te rechace. Pero nunca he pensado en ti de esa manera". "Mientes, bellaco" afirma, y sigue avanzando con la mano mientras mi entrepierna comienza a levantar la empalizada. "Mira, Mac... me gustaría complacerle... o complacerlos. Pero no sois de mi segmento. No es ya que sea una mujer cara; es que no se me puede ni insinuar nada, como no se venga de Armani mínimo". "¿Armani Mínimo? Y ese quién es... ¿El enano de Armani?" "Ves, Mac ¿por qué como contigo? Porque me haces reír". Lo hace, con una cristalina carcajada y noto como Brönte, que está poniéndonos el postre, parece que contenga las ganas de escupirle. Ni siquiera la presencia de la camarera impide a *E* seguir con la conversación erótico comercial. "No. Para eso no estoy a vuestro alcance. Y sí, llevo la tirilla. Lo cual me recuerda que tengo que ir al servicio". Dicho esto, *E* se levanta y camina hacia el excusado de señoras bajo la atenta y concupiscente mirada de todos los hombres del Efenbar, liderados por Steady, que admiran su andar contoneante, seguro y firme. No sé yo el contoneo, pero desde luego la firmeza y la seguridad proceden de saberse alguien que lleva entre las piernas la tirilla. Y, justamente debajo, un lector de tarjetas.